

HUGO ALCONADA MON



25 REFERENTES MUNDIALES PIENSAN CÓMO SERÁ NUESTRA NUEVA VIDA

GRETA THUNBERG · ALAN TOURAINE · DAVID ROWAN

ÁNGELES MASTRETTA · FAREED ZAKARIA · PAUL AUSTER

STEFANIA GIANNINI · MICHEL DESMURGET · DANIEL GOLEMAN

MENAKA GURUSWAMY · JACQUES ATTALI · STEVEN LEVITSKY

YANZHONG HUANG · SONJA LYUBOMIRSKY · TARJA HALONEN

KAILASH SATHYARTHI · FERRÁN ADRIÁ · JANE GOODALL

JON LEE ANDERSON · MICHELE WUCKER · MIKHAIL SHISHKIN

TAWAKKOL KARMAN · ANDRÉ COMTE-SPONVILLE

TIMOTHY GARTON ASH · GIOCONDA BELLI

HUGO ALCONADA MON

PAUSA 2

25 REFERENTES MUNDIALES PIENSAN
CÓMO SERÁ NUESTRA NUEVA VIDA

 Planeta

Introducción

Este libro avanza por la senda abierta por *Pausa*, su antecesor, aunque procura llegar más lejos. Aquel se publicó durante la primera semana de octubre de 2020; ahora, un año después, este libro aspira a avanzar más lejos, abordando algunas de las preguntas urgentes y relevantes.

Vivimos una realidad distinta a la de 2019, pero también a la de 2020. No hemos vuelto a la «vieja normalidad», aunque tampoco seguimos entrampados en la neblina que nos rodeó durante los meses de cuarentena estricta. ¿Será esta, pues, nuestra «nueva normalidad»?

Contamos hoy con vacunas contra el Covid-19 que de a poco nos abren a la esperanza. Tendremos que recibir dos o más dosis —la ciencia lo dirá— y los tapabocas siguen siendo parte de nuestra vida cotidiana, al igual que los saludos peculiares, los velorios mínimos y la escasez de abrazos, pero en términos generales podemos decir que estamos mejor que hace doce meses. Volvimos a salir de nuestras casas, la mayoría de los chicos retornó a las aulas presenciales, amplios sectores de la economía comienzan a traccionar, dejamos atrás el segundo invierno de la pandemia y nos ilusionamos con que, ¡al fin!, la tormenta empiece a quedar atrás.

Esos signos de esperanza no ocultan, sin embargo, los múltiples desafíos que afrontaremos durante los próximos meses y

años. ¿Qué ocurrirá con la variante Delta? ¿Cómo reintegraremos a las aulas a los estudiantes que abandonaron el sistema educativo? ¿Qué ocurrirá con el mercado laboral y el teletrabajo? ¿Cómo asistiremos a los hombres y mujeres que perdieron sus empleos, quedaron por debajo del umbral de pobreza o padecen severas secuelas físicas o psicológicas, víctimas del Covid-19 o del encierro forzoso? ¿Cómo reactivaremos la economía? ¿Cuál será el impacto en nuestras vidas de las tecnologías a las que abrimos las puertas de nuestras casas? ¿Qué ocurrirá con todos los derechos, libertades y garantías que cedimos durante estos tiempos de pandemia? ¿Pueden los antivacunas afectar la resolución de la pandemia?

Estas preguntas y muchísimas más carecen de una única y certera respuesta. Aquello que puede resultar adecuado para un determinado país, en un determinado contexto, puede no serlo para ese mismo país en otro contexto histórico y social, ni para un país vecino. En rigor, pueden no tener la misma respuesta en provincias o, incluso, ciudades contiguas.

Ese es uno de los motivos por lo que este libro reúne 25 entrevistas a figuras tan disímiles. La variedad y diversidad de miradas pueden ofrecernos una perspectiva más amplia y abarcadora, formando acaso un mosaico que resulte enriquecedor. Por eso incluye a mujeres y hombres de edades muy dispares, provenientes de naciones de Europa, América del Norte, Medio Oriente, América Latina y Asia, con estudios, experiencias, recorridos y puntos de vista muy variados.

Valgan un puñado de ejemplos como muestra: Greta Thunberg es una estudiante adolescente, mientras que Alain Touraine y Jane Goodall son nonagenarios con doctorados; algunos como, Ángeles Mastretta, cuentan cómo lidian con su miedo a morir, mientras que André Comte-Sponville plantea, orillando los setenta años, que le preocupa más el futuro de sus hijos y de sus

nietos que el devenir de su propia salud. Y la visión de una de las cabezas más lúcidas sobre los desafíos de la salud global, el chino Yanzhong Huang, es muy, muy diferente a la de Tawakkol Karman, la yemenita considerada la «Madre de la Revolución» en Medio Oriente, hoy exiliada y ganadora del Premio Nobel de la Paz.

Sobra decir, claro, que todos los entrevistados son figuras globales, con especialidades diversas, reconocidos alrededor del mundo por motivos muy distintos. Hay sociólogos, activistas, emprendedores, periodistas, escritores, sociólogos, educadores, primatólogos, psicólogos, abogados, neurocientistas, politólogos, ex jefes de Estado, chefs, historiadores y filósofos, entre otros.

Algunos, como Karman, fueron galardonados con el Premio Nobel; otros, con los máximos reconocimientos en sus campos respectivos, además de cosechar doctorados honoris causa. Algunos escribieron libros que fueron bestsellers mundiales; otros cargan con historias de vida excepcionales. Varios se dedicaron a los claustros universitarios; otros, al trabajo en el terreno. Algunos pasaron toda su adultez en el sector privado; otros acumulan experiencia al más alto nivel en el sector público. Varios emigraron por decisión propia; otros debieron exiliarse. Algunos pasaron la pandemia sin mayores sobresaltos; la mayoría afrontó períodos de cuarentena, y no pocos se contagiaron con el virus de Covid-19.

Mi premisa central fue escucharlos, interviniendo lo indispensable. Preferí que avanzaran por donde los llevaran sus ilusiones, inquietudes y preocupaciones, ya fueran personales, económicas, políticas, educativas, sociales, sanitarias o más propias de las relaciones internacionales.

Comprobará el lector que en todas las entrevistas se repiten ciertas preguntas. Eso no respondió a la desidia o a la falta de preparación, sino al interés deliberado de comparar qué respon-

derían personas tan distintas ante los mismos interrogantes. Resultó, creo, valioso.

Del mismo modo, la última sección de cada entrevista se centró en las recomendaciones que ofreció cada figura para estos tiempos tan singulares. Creo que sus respuestas abren puertas inesperadas para conocer sus sugerencias sobre libros, películas, series de televisión, música, o emprender nuevas actividades.

Confío, pues, que esta segunda serie de entrevistas ofrezca a sus lectores otra oportunidad para aprender y reflexionar sobre lo que vivimos y lo que se avecina. Si me permiten una infidencia, les cuento que las viví como si fueran clases particulares con algunas de las mentes más brillantes del mundo. Me ilusiona que sientan lo mismo.

La Plata, septiembre de 2021.

Epílogo

La pandemia resultó una lupa que agigantó todo lo bueno y lo malo que ya estaba entre nosotros. Nos obligó a examinarnos mejor como personas. Si ya éramos solidarios, optimistas, flexibles, generosos, el Covid-19 nos llevó a serlo aún más. Pero si ya éramos egoístas, pesimistas, rígidos y tacaños... cada uno sabrá cómo se comportó durante este período tan complejo.

Lo mismo ocurrió al nivel de las comunidades y los países. Aquellos que ya afrontaban problemas urgentes de pobreza, recesión, desigualdad social, xenofobia, inseguridad, intolerancia, racismo, brecha educativa o autoritarismo político, la pandemia no hizo más que potenciar esos flagelos. Pero aquellas naciones que ya eran innovadoras, que ya apostaban a la ciencia y la tecnología, que ya eran flexibles, vieron surgir nuevas oportunidades para prosperar y desarrollarse.

Estos problemas y desafíos, sabemos ya, no desaparecerán en el corto plazo. Al contrario, es probable que se agudicen. Porque aún si todos, alrededor del mundo, accediéramos a la mejor vacuna posible en el cortísimo plazo, ¿acaso las secuelas económicas, laborales, sociales, educativas, políticas, sanitarias, psicológicas de lo que vivimos desaparecerían pronto? La respuesta la conocemos: no.

Tomará años o incluso décadas lidiar, por ejemplo, con los efectos de la brecha educativa que se expandió durante los últimos

meses entre aquellos que continuaron estudiando y aquellos que abandonaron el sistema. Impactará en el tipo de trabajo al que podrán acceder y las retribuciones que recibirán, acaso de por vida. Por eso Stefania Giannini, máxima referente de la Unesco en educación, habla de «catástrofe generacional». Por eso también urge a los maestros a «reinventar las aulas» y a los padres a involucrarse en ese replanteo.

La educación, sin embargo, es apenas una de las múltiples dimensiones que afectó la pandemia. ¿Cuánto tiempo podría insumirle a la Argentina recuperar los puestos de trabajo que se perdieron durante 2020? ¿Cuánto tiempo conllevará sacar de la pobreza a quienes abandonaron la clase media y trabajadora durante los últimos doce meses? El coronavirus resultó, al decir del ruso Mikhail Shishkin, «una especie de suero de la verdad para la humanidad».

El Covid-19, con su avance, nos mostró quiénes somos realmente, cuáles son nuestras fortalezas y debilidades, y cuáles son nuestras prioridades como personas y como seres sociales. Tuvo «la exquisitez de revelarnos las verdades de cada país y de cada líder», al decir de Jon Lee Anderson, una verdad que debemos extender a nosotros mismos. Aunque muchos prefieran «cerrar los ojos a la realidad que los impreca y disturba», remarca la poetisa nicaragüense Gioconda Belli.

Mirarnos al espejo, sin embargo, no alcanza. Es apenas el primer paso de un recorrido largo. ¿Qué haremos después? ¿Qué estamos haciendo, ya? ¿Decidimos corregir aquello que está mal en nosotros como individuos y en nuestros países? ¿O a medida que retornamos a algo parecido a la «vieja normalidad» estamos volviendo, también, a esa suerte de «piloto automático» de nuestra vida anterior? ¿Pretendemos actuar como si lo vivido y padecido durante 2020 no hubiera ocurrido?

Esa opción acaso sea posible para algunos afortunados, como individuos, pero no como miembros de una comunidad. La tragedia del Covid-19 impactó en nuestras vidas de múltiples maneras. ¿Acaso volver al pasado es nuestra mejor opción? ¿O es solo la opción más cómoda y, también, egoísta? Dicho de otro modo, ¿qué rasgos de aquella vida pasada nos gustaría recuperar y qué rasgos nos gustaría dejar atrás?

«Toda crisis es una oportunidad» es una frase remanida que Michele Wucker nos invita a plantear de un modo algo diferente: «Una crisis es algo terrible de desperdiciar». Si ya estamos en el baile, ¿qué podemos extraer del baile que nos sea útil y beneficioso? ¿Qué podemos —y debemos— aprovechar para dejar atrás?

Avancemos otro paso con las preguntas, que a menudo resultan más enriquecedoras que las respuestas fáciles.

Tanja Halonen plantea que «lo que estamos viviendo ahora es un entrenamiento para el futuro». Si es así, ¿qué podemos extraer de estos casi dos años de pandemia que nos resulte útil para nuestras vidas?

Cambiar no es fácil. Pero la pandemia significó un replanteo de las reglas de juego que nos pueden ayudar a modificar nuestras prácticas laborales, nuestros métodos educativos, nuestros hábitos de consumo, nuestras costumbres sociales y mucho más.

Sonja Lyubomirsky sabe de eso. Con décadas encima estudiando la conducta humana, tiene clara una premisa que cuadra a la perfección en estos tiempos pandémicos. Por eso nos remarca que debemos tener en cuenta que «solo perdurarán los cambios en nuestras vidas que sean estructurales». Es decir, profundos, sistémicos.

La pandemia funcionó, en definitiva, como un reloj despertador. Muchos veníamos en «piloto automático», a una determinada velocidad «cruce» y el Covid-19 nos impuso una pausa.

Ahora pusimos en marcha la máquina, otra vez. ¿Queremos volver a aquel «piloto automático» y a aquella velocidad «cruce»? ¿Nuestras prioridades seguirán siendo las mismas, tanto a nivel individual como social? ¿Nuestras prioridades presupuestarias no deberían, acaso, cambiar a la luz de lo que vivimos y padecemos? ¿Eso sería sano e inteligente para nuestras vidas, para nuestras familias y para nuestra ciudad o país? Llevándolo al extremo: ¿Acaso nuestros muertos por Covid-19 habrán muerto en vano, solo para que volvamos a tropezar con la misma piedra en el futuro?

«La pandemia es un buen momento para pensar en lo que realmente importa», remarca Daniel Goleman, que de inteligencia emocional sabe. «Lo que vivimos es una oportunidad para pensar en el significado y el propósito de nuestras vidas.»

Muchos harán lo que puedan, por supuesto, mientras pugnan por conseguir o mantener un empleo que les permita mantenerse a flote y alimentar a sus familias. Pero cada uno sabrá, mirándose al espejo, cuál es su situación y qué puede o debe cambiar. Porque si afrontamos desafíos que perdurarán durante años o, incluso, décadas, entonces los desafíos nos exceden. Involucran también a nuestros hijos y nuestros nietos.

¿Qué estamos haciendo por ellos? ¿Qué mundo les estamos dejando, sabiendo que, al decir de Fareed Zakaria, «esta pandemia es más global que cualquier evento que hayamos experimentado antes»?

Greta Thunberg y Jane Goodall, con sus muy distintos recorridos y vivencias, miran hacia delante. La adolescente nos recuerda que «debemos comenzar a tratar la crisis climática como una crisis y a tomar medidas para detenerla». La nonagenaria se ilusiona con que «la gente comienza a comprender que tanto la pandemia como el cambio climático son causados por nuestra absoluta falta de respeto al medio ambiente».

Otra figura nonagenaria, el sociólogo francés Alain Touraine aborda otra arista que debemos replantearnos pensando en las siguientes generaciones. Plantea que debemos «retornar a una democracia donde se dé la prioridad a la sociedad civil por encima de los Estados».

¿Lo estamos haciendo? ¿Estamos priorizando a las personas y, en particular, a los que más necesitan ayuda? O dicho de otro modo, cuando llegue nuestro final, ¿habremos dejado un mundo —el que nos rodea en lo inmediato— mejor que el que nos recibió?

La pandemia como pausa parece comenzar a quedar atrás. Ojalá sea así. Pero nos deja una larga lista de tareas pendientes que nos tiene como protagonistas en beneficio o perjuicio de aquellos que más amamos. «Si no actuamos ahora», alerta el Premio Nobel de la Paz, Kailash Satyarthi, «les habremos fallado a nuestros hijos en el momento en que más nos necesitan».

Depende de nosotros.